

Fecha: 25-04-2021
 Medio: El Mercurio
 Supl.: El Mercurio - Cuerpo A
 Tipo: Educación
 Título: Tener la cámara apagada durante las clases virtuales dificulta el aprendizaje

Pág.: 12
 Cm2: 759,6
 VPE: \$ 9.978,468

Tiraje: 126.654
 Lectoría: 320.543
 Favorabilidad: ☒ Positiva

Entorpece el vínculo entre académicos y estudiantes:

Tener la cámara apagada durante las clases virtuales dificulta el aprendizaje

- Hay profesores que no conocen las caras de algunos alumnos, otros que dicen no saber si están escuchando la clase o durmiendo y todos concuerdan en que el proceso de enseñanza se complica cuando no pueden ver las reacciones de sus estudiantes ante la materia. Sin embargo, reconocen que al tratarse de un ambiente privado, se puede sugerir pero no obligar a encenderla, y entregan ciertas claves para lograrlo.

CONSTANZA MENARES

“¿Qué hacer para que los alumnos prendan sus cámaras? ¿Cómo incentivarlos? Me agobia no verlos. Me siento hablando en un espejo. Qué ganas de conocer sus caras”. Estas son algunas de las inquietudes que Solange Favereau, académica de la Facultad de Educación de la U. de los Andes, dice que sus colegas le mencionan recurrentemente.

Para visibilizar este problema, Favereau envió esta semana una Carta al Director, en la cual mencionaba la dificultad de ser profesor en período de pandemia y lo recurrente que son las cámaras apagadas durante las clases virtuales. Por ello, invitaba a los estudiantes —si podían— a activar las suyas para dejar de ser “un cuadrado con el nombre de pila flotando en un fondo negro”.

“Ya es bastante solitario hacer clases en compañía solo de tus libros y a puerta cerrada en tu escritorio o pieza... Muchos profesores terminan con una sensación de frustración y angustia, sobre todo cuando has preparado tu clase, has buscado alternativas para generar motivación, llegas entusiasmado porque amas lo que haces y participan solo los de siempre. O haces una pregunta para incluir al que está con la cámara apagada y ¡oh, sorpresa! No está o nunca estuvo. El ‘cuadrado negro’ se puede leer también como indiferencia, que es una actitud que genera tensión personal, confusión y obviamente afecta la autostima del docente”, explica Favereau.

La situación es incómoda, pero en este contexto, ¿se puede pedir a los alumnos que enciendan la cámara? ¿Dónde está el límite con la privacidad del estudiante?

Según Manuel Calgani, profesor jefe de un tercero medio en el Instituto Nacional, “se les puede pedir, pero no exigir. Si uno les

explica el sentido que hay detrás y les da total libertad para decidirlo, no debiera ser interpretado como intromisión”.

Intercambio necesario

Y añade: “En lo personal, se me ha hecho difícil lidiar con el anonimato y falta de interacciones más reales. Creo que (con las cámaras apagadas) se pierde toda una dimensión de la comunicación que tiene que ver con lo gestual, las expresiones corporales y la manera de captar y transmitir emociones e ideas con más elementos. Me pasa que hay muchos y muchas estudiantes a quienes hasta la fecha ‘no les tengo cara’. Eso ha dificultado profundizar ciertas relaciones”.

“Una buena experiencia de aprendizaje no depende en exclusiva del docente, la clase mejor

preparada puede precipitarse al vacío si solo interactúo con mi propio eco. Una clase implica una comunidad de aprendizaje donde se generan vínculos, donde hay relatos paralelos, donde las expresiones más humanas como la sonrisa, la cara de asombro, de gratitud, de pregunta, de agobio, incluso la cara de ‘lata’ nos envía información importante para gestionar un buen

ambiente de aprendizaje”, precisa Favereau.

Valeria Cabello, académica de la Facultad de Educación de la U. Católica, concuerda: “Hay que entender que las clases no las hace solamente el profesor y su discurso, esto correspondería más con un ‘pasar la materia’, que sabemos no es lo mejor para lograr aprendizajes que sean duraderos y transferibles a otros contextos. Los aprendizajes más significativos se logran mediante interacciones intencionadas, que pongan en juego las ideas que los estudiantes tienen con las nuevas ideas que aporta el docente. Ese intercambio, no solo profesor-alumno, sino que también entre alumnos, es valioso para el aprendizaje, se comparten miradas, gestos, y esa retroalimentación es clave para el docente. Si la mayoría de los es-

tudiantes tiene la imagen apagada, es más difícil generar ese intercambio”.

Sin embargo, la experta sostiene que los educadores también deben ponerse en el lugar de los alumnos: “A veces por razones prácticas (por ejemplo, el consumo de datos es mucho mayor al tener la imagen con la cámara encendida) o personales (como no tener las condiciones ideales en la casa, estar con otros familiares presentes o escaso interés de mostrarse), es entendible que prefieran mantener su cámara apagada”.

Espacio personal

Por este motivo, “dado que el espacio donde se encuentran es personal y que muchas veces devela condiciones que ellos no necesariamente quieren compartir con el resto de la clase, se podría recomendar que, si deciden encender la cámara, se resguarden ciertas condiciones mínimas como mantenerse sentados, no acostados, con el dispositivo de conexión en una superficie estable, no moviéndolo constantemente, y difuminar el entorno para que se vea solo la persona, ya que hay plataformas que lo permiten”, agrega Cabello.

“Una cámara siempre es invasiva —asegura Favereau— y cuando se graba, más aún. Es más, en la pantalla hay una sensación de permanente vigilancia. En tu hogar, tu casa es un espacio de intimidad, de privacidad y puedo que eso sea una variable que influya en algunas personas, dado su contexto, para no exponerse. Pero también para quien es más sensible a la exposición de su mundo personal hay alternativas como los fondos de pantalla o simplemente buscar una pared blanca”.

Manuel Calgani cuenta que en la hora de Orientación ha hablado con su curso sobre la importancia de generar vínculos aunque sea a distancia. Gracias a esto, dice, hace unos días vivió una experiencia “emocionante”.

“Me estaban esperando todos con la cámara prendida. Fue muy bonito y cambió mucho la dinámica de la clase. De hecho, nos quedamos todo el recreo conversando. Creo que ni entre ellos mismos se habían visto las caras, son un curso nuevo que viene recién conociéndose”.

Motivar la participación

Como en tiempos de virtualidad el encender la cámara genera cercanía y vínculo entre docentes y estudiantes (y entre los mismos alumnos), María Jesús Bustamante, profesora y coordinadora de Perfeccionamiento Docente en la Fundación Impulso Docente, da algunas recomendaciones que podrían ser útiles para fomentar su utilización.

“Algunos tips son hacer actividades rompehielos, realizar juegos con los estudiantes y considerar votaciones para tomar una postura a través de reacciones (dedo arriba o dedo abajo). Es importante desarrollar la confianza para que a través del compromiso los alumnos enciendan su cámara, también pedirles a los estudiantes más sociables que motiven al resto a hacerlo y desarrollar encuestas virtuales preguntándoles por qué no encienden las cámaras y cómo se sentirían más cómodos”.

